

ción, barrió, fregó los platos, procurando ser útil en algo, muy contenta de haber salido de apuros. Los Lorilleux rabiaban, tanto más cuanto que la señora Lerat acababa de hacer las paces con los Coupeau. Un día las dos hermanas, la florista y la cadenista, habíanse arañado á causa de Gervasia; la primera se arriesgaba á aprobar la conducta de ésta para con su madre; después, terca que terca, al ver á su hermana exasperada, llegó á decir que encontraba magníficos los ojos de la planchadora, ojos en los que hasta podían encenderse yescas; y de ahí resultó que las dos, después de haberse abofeteado, habían jurado que no volverían á verse más.

Actualmente la señora Lerat pasaba las veladas en la tienda, donde gozaba en sus adentros con las desvergüenzas de la mocetona Clemencia.

Transcurrieron tres años y en este tiempo riñeron é hicieron las paces diferentes veces. A Gervasia se le importaba un bledo de los Lorilleux, de los Roche y todos los que no pensaban como ella. Si no estaban contentos—decía—podían irse á... paseo. Ella ganaba cuanto quería y esto era lo importante.

En el barrio habían acabado por tenerla en gran consideración, porque, en definitiva, no era fácil encontrar parroquianos como ella, tan buena y tan puntual en el pago, ni regatona, ni roñosa.

Tomaba el pan en la tienda de la señora Coudeleoup; calle de Poissonnieres, la carne en la del grueso Carlos, carnicero de la calle Polonceau, y las especias en casa de Lehongre, calle de la Goutte d'Or, casi enfrente de su tienda. Francisco, el tabernero de la esquina, le llevaba el vino por cestos de cincuenta botellas. El vecino Vigoroux, cuya mujer debía tener moradas las nalgas de tantos pellizcos como le daban los hombres, le vendía su cok al mismo precio que la Compañía del gas. Y podía asegurarse que sus proveedores la servían á conciencia, pues sabían que haciéndolo así, salían con ella gananciosos. Por eso, cuando salía por el barrio en zapatillas y sin gorra en la cabeza, todos la saludaban; la calle era como si dijéramos su propia casa, y las contiguas venían á

ser como dependencias naturales de su habitación; siempre abierta al nivel de la acera.

Cuando tenía que hacer un recado, gustábale andar de un lado á otro, visitando á sus conocimientos. Los días en que no tenía tiempo para poner la comida al fuego, iba á comprar raciones, parlotando con el propietario y habituales concurrentes al restaurant que ocupaba la tienda del otro lado de la casa, una extensa sala con vidrieras, á través de cuya suciedad se percibía la pálida claridad del patio, allá en el fondo. O bien se detenía para charlar cargada de platos y vasos, delante de alguna ventana del piso bajo; en la tienda del zapatero remendón, donde se vislumbraba la cama sin hacer, un suelo lleno de harapos; de cunas estropeadas, y el barreño de la pez lleno de agua negra. Pero el vecino á quien más respetaba era el de enfrente, el relojero, el señor de levita, de aspecto aniñado, huroneando continuamente relojes con sus pequeñas herramientas, y á menudo atravesaba el patio para saludarle, extasiándose risueña al contemplar en aquella tienda, angosta como un armario, la alegría de los cuclillos cuyas péndolas se despachaban á su gusto, sonando la hora á contratiempo, todos á la vez.

VI

Una tarde de otoño, Gervasia al volver de entregar su ropa á una parroquiana en la calle des Portes Blanches, se encontró, sin advertirlo, en la calle des Poissonnieres, al declinar el día.

Había llovido aquella mañana, la temperatura era muy suave, exhalábase del suelo el característico olor de tierra mojada, y la planchadora, embarazada con un gran cesto, andaba algo sofocada, retardando el paso, entregada á cierta laxitud, subiendo la calle con la vaga preocupación de un deseo sensual, aumentado por la pereza. De buena gana se hubiera comido un buen plato.

En aquel momento, alzando los ojos, percibió la lámpara de la calle Marcadet y se le ocurrió de repente la

idea de ir á visitar á Gouget en su fragua. Más de veinte veces había dicho éste que se pasara por allí el día que tuviese curiosidad de ver trabajar el hierro. Y por no dar que decir á los demás obreros, podía preguntar por Esteban, como si únicamente la hubiese llevado el deseo de ver á su hijo.

La fábrica de pernos y molduras debía encontrarse por allí, en aquel extremo de la calle de Marcadet, aun cuando no sabía exactamente dónde, tanto más cuanto que faltaban generalmente los números en la extensión de las construcciones intercaladas por solares. Era aquella una calle donde no habría vivido por todo el oro del mundo; calle ancha, sucia, ennegrecida por el polvillo del carbón de las fábricas próximas; con el empedrado desigual y baches convertidos en cenagosos charcos.

A cada lado había una larga fila de cobertizos, grandes talleres con techos de vidrio, de construcciones agrisadas y como sin concluir, mostrando sus ladrillos y sus armazones de madera, una especie de desbandada de paredes movedizas, cortadas á trechos por solares y flanqueadas de habitaciones oscuras y de bodegones de mal agüero.

Recordaba Gervasia únicamente que la fábrica estaba cerca de un almacén de trapos y hierro viejo, especie de cloaca abierta al nivel del suelo, donde, al decir de Gouget, dormían centenares de miles de francos en mercancías, y trató de orientarse en medio de la barahunda de las fábricas.

Delgados tubos de hierro que surgían de los techos exhalaban con violencia chorros de vapor; un taller de sierras mecánicas dejaba oír chirridos regulares, parecidos al brusco desgarrar de una pieza de tela; las fábricas de botones conmovían el suelo con el redoble y el tic-tac de sus máquinas. Y cuando, con la vista en dirección á Montmartre, indecisa, no sabía si debía adelantar ó retroceder, una ráfaga de viento abatió el humo de una elevada chimenea, apestando la calle; cerró la joven los ojos, casi asfixiada, y en aquel instante oyó un ruido cadencioso de martillos; estaba, sin saberlo, precisamente delante de la fábrica, y así

lo advirtió al observar el almacén de trapos que se encontraba al lado.

Sin embargo, todavía vaciló, no sabiendo por dónde entrar.

Una empalizada abierta señalaba un paso que parecía hundirse en medio de los cascotes de un taller de demoliciones.

Dos tablas atravesadas servían de puente para cruzar un lago de agua sucia que obstruía el camino.

Decidióse la joven á pasar por ellas, torció á izquierda y se encontró perdida en un extraño bosque de viejas carretas con las varas en alto, y de construcciones derruidas cuyos esqueletos de vigas permanecían en pie.

En el fondo, taladrando la obscuridad manchada con un resto de día, brillaba un fuego rojizo. Había cesado el martilleo. La joven se adelantaba con prudencia en dirección al resplandor, cuando acertó á pasar cerca de ella un obrero, ennegrecido el rostro por el carbón, barbas de chivo y de mirada oblicua y ojos pálidos.

—¿Haréis el favor de decirme—le preguntó,—si trabaja aquí un niño llamado Esteban, que es hijo mío?

—¡Esteban!... ¡Esteban!...—repitió el obrero contoneándose y con voz ronca;—no conozco á tal Esteban.

De su abierta boca exhalábase ese olor de alcohol de los barrios viejos, de aguardiente. Y como el encuentro de una mujer en aquel rincón empezaba á envalentonarle, retrocedió Gervasia, murmurando:

—¿No es aquí donde trabaja el señor Gouget?

—¡Ah! Gouget, ¡sí!—exclamó el obrero,—¡le conozco! Si venís á buscarle, dirigíos al fondo.

Y, volviéndose, gritó con voz que recordaba la del cobre cascado.

—¡Oye, Gueule d'or! ¡una señora pregunta por tí!

Mas el grito quedó ahogado por el golpeteo de los martillos. Gervasia se dirigió hasta el fondo, y llegando á la puerta, alargó el cuello. Era una especie de vasto salón, donde al principio no vió nada. La fragua, cual si estuviese muerta, sólo dejaba ver en un rincón un pálido resplandor que hacía mayor todavía la obscuridad de las tinieblas. Flotaban anchas sombras. Y por momentos pasaban densas masas negras por de-

lante de la llama tapando esa última mancha de claridad, hombres desmesuradamente agrandados, cuyos robustos miembros se adivinaban en el fondo. No osando Gervasia entrar, llamaba desde la puerta, á media voz:

—¡Señor Gouget! ¡señor Gouget!

De repente todo se iluminó. Al ronquido del fuelle había brotado un chorro de blanca llama. Apareció el cobertizo cerrado por tabiques de tablas, con agujeros groseramente tapiados y esquinas reforzadas con paredes de ladrillos. El polvillo flotante del carbón embadurnaba las paredes con un hollín gris. De las vigas colgaban gigantescas telarañas, como trapos puestos á secar, aumentadas de peso por años de amontonada suciedad.

En torno de las paredes, sobre tablas, sostenidos por clavos, ó en el suelo, por los rincones sombríos, destacábanse, en confusión, hierro viejo, utensilios rotos, herramientas enormes, con sus perfiles quebrados, blandos y duros. Y la blanca llama elevábase siempre, esplendente, iluminando como un rayo de sol el removido suelo, donde el acero pulido de cuatro yunques, empotrados en sus troncos, adquiriría un reflejo de plata jaspeada de oro.

Entonces Gervasia distinguió á Gouget, delante de la fragua, por su hermosa barba rubia. Esteban daba movimiento al fuelle. Había además otros dos obreros. Mas la joven no vió sino á Gouget, y se adelantó, yendo á colocarse enfrente de él.

—¡Calle! ¡la señora Gervasia!—exclamó éste, radiante el rostro de alegría.—¡Qué grata sorpresa!

Pero, notando la extrañeza de sus compañeros, continuó, empujando á Esteban hacia su madre:

—Venís á ver al muchacho... Es muy juicioso, y empieza á tener buena muñeca.

—¡En verdad—dijo Gervasia, que no es muy fácil llegar hasta aquí... Me creía al fin del mundo...

Y refirió su viaje. Después, preguntó por qué no se conocía el nombre de Esteban en el taller. Gouget, riendo, le explicó que todo el mundo le llamaba Zou-zou, porque llevaba el pelo cortado al rape, como un

zúavo. Mientras hablaban, dejó Esteban de tirar del fuelle, y disminuyendo la llama de la fragua, trocábase en una rosada claridad que moría por grados en medio del sombrío cobertizo.

El herrero, conmovido, contemplaba á la joven, que se sonreía y aparecía más fresca con aquel resplandor. Mas, como nada se decían ya, anegados en las tinieblas, rompió el silencio Gouget, como si saliese de un sueño, diciendo:

—Si permitís, señora Gervasia, voy á terminar una tarea que estaba haciendo. Podéis permanecer aquí, pues no molestáis á nadie.

Gervasia quedóse. Esteban había cogido nuevamente la cuerda del fuelle. La fragua ardía, lanzando cohetes de chispas, tanto más cuanto que el muchacho, para demostrar á su madre que tenía muñeca, desencadenaba un soplo enorme de huracán. Gouget, en pie, vigilando una barra de hierro que se calentaba, esperaba con las tenazas en la mano.

La viva claridad le iluminaba violentamente, sin una sombra. Su camisa remangada en las mangas, abierta en el cuello, descubría sus brazos desnudos, su pecho desnudo, un rosado cutis de doncella tapizado por enortijados pelos rubios; y, algo hundida la cabeza entre sus gruesos hombros ricos en músculos, atento el rostro, fijos en la llama sus claros ojos, sin un pestaño, parecía un coloso en reposo, tranquilo en su fuerza. Cuando la barra estuvo al blanco, cogióla con las tenazas y la partió con el martillo sobre un yunque, en trozos regulares, cual si rompiese varillas de cristal, con ligerísimos golpes. Después, puso al fuego los pedazos, y volvió á sacarlos uno por uno, para modelarlos.

Forjaba pernos de seis caras. Para ello colocaba los trozos en una clavera, aplastaba la parte que formaba la cabeza, aplanaba las seis caras, y arrojaba los pernos concluidos, todavía rojos, cuyo vivo resplandor se extinguía poco á poco en el ennegrecido suelo; y todo ello con un martilleo continuo, balanceando con su mano derecha un martillo de cinco libras, acabando un detalle á cada golpe, y volviendo y trabajando el

hierró con tal destreza, que á la vez podía hablar y mirar á cualquiera sin cerrar el golpe. El yunque daba un sonido argentino.

Y el obrero, sin una gota de sudor, tranquilo, golpeaba con aire bonachón, sin hacer, al parecer, más esfuerzo que cuando se entretenía en su casa por las noches cortando estampas.

—¡Bah! estos son pernos pequeños, de veinte milímetros, decía para contestar á las preguntas de Gervasia. Pueden hacerse hasta trescientos en un día... Pero se necesita costumbre, porque el brazo se enmohece pronto.

Y preguntándole Gervasia si la muñeca no se adormecía al concluir el día, se echó á reír. ¿Acaso le tomaba por una señorita? Sus muñecas, á fuerza de rozarse con las herramientas durante quince años, se habían hecho de acero. Por lo demás, tenía razón la joven; un hombre que en su vida hubiese forjado un clavo ni un perno, y tuviese el capricho de jugar con su martillo de cinco libras ganaría á las dos horas un fuerte dolor de riñones; Aquel ejercicio que al principio parece nada, acaba á menudo, en pocos años, con los más fuertes mocetones. Mientras tanto, los demás obreros golpeaban también; todos á la vez. Sus grandes siluetas danzaban en la claridad, los relámpagos del hierro al salir de la fragua atravesaban las sombras negras; y al impulso de los martillos brotaban salpicaduras de chispas, irradiando como soles, al nivel de los yunques. Y Gervasia, atraída por aquel movimiento de la fragua, contenta, no pensaba en marcharse: y al dar un largo rodeo para acercarse á Esteban sin correr peligro de quemarse las manos, vió entrar al obrero sucio y barbudo, al que se había dirigido en el patio.

—¿Por lo visto, habéis encontrado á quien buscáis, señora?—dijo con un acento de borracho zumbón.—Ya lo sabes, Gueule d'or, yo he sido el que le he dado tus señas...

Llamábase este obrero Bec Salé, alias Boit-sans-soif, el valiente de los valientes, un trabajador de alta escuela, que humedecía su hierro con un litro de «re-

tuerce tripas» (1) al día. Había ido á echar una copa; porque no se sentía bastante «engrasado» para esperar á las seis.

Cuando supo que Zouzou se llamaba Esteban, encontró chusco el caso y se reía mostrando sus negros dientes. Después, reconoció á Gervasia. Casualmente la víspera había bebido un trago con Coupeau. De seguro que si le hablaban de Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, á Coupeau, diría: «valiente amigo». ¡Ah! ¡el animal de Coupeau! buen camarada, que pagaba las rondas antes de que le llegase su vez.

—Me alegro mucho de saber que sois su mujer—repetía;—bien merece tener una mujer guapa... ¿Verdad, Gueule d'or, que la señora es una real moza?

Y continuaba echándolas de galante, acercándose á la planchadora, la cual cogió su cesto y lo puso por delante para mantener al obrero á distancia. Contrariado Gouget y comprendiendo que su camarada se chingueaba, á causa de su amistad por Gervasia, le gritó:

—¡Oye tú, holgazán! ¿para cuándo dejas los cuarenta milímetros? ¿Te sientes con fuerzas ahora que tienes lleno el saco, maldito borrachón?

El herrero aludía á un pedido de pernos gruesos, que requerían hacerse entre dos obreros en el yunque.

—¡Para en seguida si quieres, niño grande!—respondió Bec-Salé, alias Boit-sans-soif.—¡Todavía te mamas el dedo y ya te las hechas de hombre! ¡Por guapo que seas, á otros más guapos me he comido yo!

—¡Ea, pues! vamos á verlo. ¡Acércate y adelante!

—¡Allá va!

Los dos desafiábanse, excitados por la presencia de Gervasia. Gouget puso en la fragua los pedazos de hierro cortados de antemano, y luego fijó en su yunque una clavera de grueso calibre. Su camarada tomó de la pared dos mazas de veinte libras, las dos «grandes gemelas» del taller, que los obreros llamaban Fine y Dédele. Y continuaba sus fanfarronadas, diciendo que había forjado media gruesa de pernos para el

(1). Aguardiente común.

faro de Dunkerque, que eran unas joyas, dignas de figurar en un museo por su fina labor. ¡No, pardiez! él no temía la competencia, y antes de encontrar otro guapo como él, era necesario registrar todos los rincones de la capital.

—La señora juzgará—dijo volviéndose hacia la joven.

—¡Basta de charla!—exclamó Gouget.—Aprieta la muñeca, Zouzou, que esto se calienta, muchacho!

A esto Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, preguntó:

—¿Es decir, que golpearemos juntos?

—¡No tal, cada uno á su perno, valiente!

La proposición fué como chorro de agua fría, y el camarada, á pesar de su verbosidad, quedó sin saliva. Pernos de cuarenta milímetros, forjados por un solo hombre, era cosa nunca vista, tanto más cuanto que los tales pernos debían ser de cabeza redonda, tarea de extremada dificultad, una verdadera obra maestra. Los otros tres obreros del taller habían suspendido su trabajo para presenciar la lucha; uno de ellos, alto y flaco, apostaba un litro á que sería vencido Gouget.

En tanto, los dos herreros tomaron cada uno su martillo, á ojos cerrados, porque Fifine pesaba media libra más que Dédele. Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, tuvo la suerte de echar la mano sobre Dédele; la de Gueule d'or cayó sobre Fifine. Y, esperando á que el hierro se pusiese al blanco, el primero, volviendo á sus fanfarronadas, colocóse ante el yunque asestando tiernas miradas á la planchadora; poníase en guardia; golpeando el suelo con el pie como quien va á batirse, indicando la curva que debía describir Dédele á todo vuelo. ¡Ah! ¡rayo de Dios! ¡pullitas á él, cuando era capaz de hacer de la columna Vendome una torta!

—¡Ea, comienza!—dijo Gouget colocando en la clavera un pedazo de hierro del grueso de una muñeca de muchacha.

Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, se echó atrás, y puso en juego á Dédele, con ambas manos. Pequeño, seco, con sus barbas de chivo y sus ojos de lobo relucien-

tes bajo sus despeinadas greñas, doblábase á cada voleo del martillo, y saltaba como arrastrado por su empuje.

Era un energúmeno que se batía con su hierro, irritado al encontrarle tan duro, y exhalaba un gruñido de satisfacción cada vez que creía haber aplicado un golpe certero. Bien podía ser que el aguardiente debilitase los brazos de los demás; por su parte érale menester aguardiente en sus venas, en lugar de sangre; la copa que acababa de beber le calentaba el armazón como una caldera, y sentíase con una fuerza de máquina de vapor de mil diablós. Así, pues, el hierro le tenía miedo aquella tarde, y se ablandaba como la cera. ¡Y era de ver cómo volteaba, Dédele, ejecutando la gran cabriola, los pies al aire, cual pudiera la más hábil cancanista del Elysee-Montmartre al enseñar sus enaguas! Y era necesario no descuidarse, porque el hierro es tan tunante, que se enfria al momento, á fin de hacer la mamola al martillo.

En treinta golpes Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, habia modelado la cabeza de su perno. Pero resollaba, los ojos le saltaban de las órbitas, y se hallaba poseído de una furiosa cólera al oír que sus brazos crujían. Fuera de sí, entonces, danzando y echando tacos, descargó dos golpes más, como para vengarse de la fatiga. Y al sacar el perno del molde, apareció deformado, y llena de jorobas la cabeza.

—¡Ea! ¿qué tal?—exclamó, sin embargo, con su habitual jactancia, presentando su tarea á Gervasia.

—Yo no entiendo de eso—respondió la planchadora con aire reservado.

Bien veía, no obstante, en el perno los dos últimos talonazos de Dédele, y no cabía en sí de gozo, y se mordía los labios por no soltar la risa, puesto que actualmente todas las probabilidades estaban en favor de Gouget.

Tocábale el turno á Gueule d'or. Antes de empezar dirigió á la planchadora una mirada llena de confiada ternura. Después, sin apresurarse, tomó distancia y puso en juego su martillo, á grandes voleos regulares. Tenía el movimiento clásico, correcto, equilibrado, elás-

tico. Fífine, en sus manos, no danzaba un «chahüt» (1) tabernario, no mostraba los bajos; se levantaba y bajaba cadenciosamente, como dama aristocrática, de aire serio, dirigiendo un antiguo minué. Los talones de Fífine golpeaban al compás con gravedad; y hundíanse en el enrojecido hierro, sobre la cabeza del perno, con reflexión, aplastando primero el metal en el centro, y moldeándole luego por una serie de golpes de precisión rítmica.

De seguro no era aguardiente lo que Gueule d'or tenía en sus venas, sino sangre, sangre pura, sangre que latía poderosamente hasta en su martillo, y regulaba su tarea. ¡El coloso estaba magnífico trabajando! Recibía de lleno la gran llama de la fragua. Sus cabellos cortos, orlando ensortijados su frente, su bella barba rubia de anillos colgantes encendíanse, iluminando su rostro todo con hilos de oro. A ello añadíase un cuello grueso como una columna, blanco como cuello de niña, un pecho vasto, tan vasto que una mujer hubiera podido acostarse con él de través, y hombros y brazos esculpidos que parecían copiados de los de un gigante, en un museo.

Cuando tomaba ímpetu, veíanse hincharse sus músculos, montañas de carne rodando y endureciéndose bajo la piel; sus espaldas, su pecho, su cuello aumentaban de volumen; esparcía claridad en torno suyo, volvíase hermoso, omnipotente, como un buen Dios.

Veinte veces había abatido ya á Fífine, fijos sus ojos en el hierro, respirando á cada golpe, notándosele tan sólo dos gruesas gotas de sudor que brotaban de sus sienes. Llevaba la cuenta: veintiuno, veintidós, veintitrés. Y Fífine continuaba tranquilamente sus referencias de gran señora.

—¡Qué farsante!—murmuró burlándose Bec-Salé, alias Boit-sans-soif.

Y Gervasia, en frente de Gueule d'or, miraba con tierna sonrisa. ¡Dios mío! ¡qué necios son los hombres! ¿pues no golpeaban sobre los pernos para cortarla? Bien comprendía que se la disputaban á marti-

(1). *Chahüt*, canción desenfrenado.

llazos, cuál pudieran dos gallos rojos echándose las de valientes ante una gallina blanca.

Hay que inventar rarezas ¿verdad? y casos se dan en que el corazón tiene extrañas maneras de declararse. Sí, para ella era la tempestad de Fífine y Dédele sobre el yunque; para ella todo aquel hierro aplastado; para ella aquella fragua en movimiento, fulgurando incendios, lanzando torrentes de vivas chispas. Allí le forjaban un amor, disputándose la á quien forjaba más y mejor. Y, en verdad, esto la gustaba en el fondo, porque, al fin y al cabo, todas las mujeres gustan de homenajes.

Los martillazos de Gueule d'or, sobre todo, tenían eco en su corazón, y allí resonaban, como sobre el yunque, una música clara, acompañada por los fuertes latidos de su sangre. Parecerá necedad, pero lo cierto es que experimentaba una sensación como si le introdujesen en el corazón una cosa dura, la punta del perno.

En el crepúsculo, antes de entrar, había sentido, a lo largo de las húmedas aceras, un vago deseo, cierta necesidad de comer un buen plato; actualmente encontrábase satisfecha, como si la hubiesen alimentado los martillazos de Gueule d'or. ¡Oh! ya no dudaba de su victoria. A él le correspondía.

Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, era demasiado feo, y lo parecía más con su delantal y su chaquetón sucios; saltando como un mico escapado de la jaula. Y la joven esperaba, muy encarnada, feliz, sin embargo, con el mucho calor que allí hacía, saboreando inefables deleites al verse conmovida de pies á cabeza por los últimos voleos de Fífine.

Gouget seguía cantando:

—¡Y veintiocho!—exclamó al fin, dejando el martillo en el suelo.—¡Ya está, mirad!

La cabeza del perno aparecía pulimentada, sin una rebaba; era una verdadera obra de joyería, redonda como una bola de billar hecha con molde. Los obreros la miraron encogiendo la barba; no había más que pedir, sino arrodillarse ante él. Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, intentó soltar un chiste, pero se le trabó la lengua y acabó por volver á su yunque, con el rabo